

mo, bajo la santa ley del trabajo, os hubiera suministrado el medio de continuar los efectos saludables de esa ley, á los que habian gozado largo tiempo bajo el impulso benéfico de vuestro padre. De ese modo, cumpliendo por vos mismo un imprescindible deber, hubiérais á la vez satisfecho á lo que he llamado la verdadera necesidad del pobre; la de comer, segun la sentencia divina un pan rociado de sudor, que es el único que puede hacer á ese pan verdaderamente vivificante. Pues os digo en verdad; fuera de los casos de fuerza mayor, como la debilidad de la juventud, la vejez, las enfermedades ó la falta de trabajo, todo pedazo de pan que el hombre come sin haber de una manera ó de otra pagado el precio fijado por Dios, se transforma para él en veneno.

XXIII.

LAS BOTAS DEVUELTAS.

—Con vuestro permiso, mi bienaventurado juez, hé aqui cómo han sucedido las cosas. Un dia que yendo al club, habia entrado en casa de la Duquesa de... para visitarla, sin darme tiempo para acabar mi saludo, me dijo: Querido Conde, tengo que pedir os un favor. ¿Un favor, señora, de mí á vos, que teneis favores para revender? ¡De V. á mi, en buen hora! No, querido Conde, es como yo lo digo. Y con esas maneras zalameras, de que las mujeres saben bien hacer uso para engañar á un hombre y para conseguir su deseo, me contó que el dia anterior, visitando por pura casualidad, como ella decia, una bohardilla, habia encontrado una fa-

milia, cuyo estado de miseria, era tal, que daba compasion. No repetiré, bienaventurado San Pedro, la descripcion que me hizo. ¡Verdaderamente, habia de qué enternecerse! Tan pronto como hube sacado mi bolsa, me dijo: «No, querido Conde: espero de vos algo más. El jefe de esa pobre familia es un artesano honrado. Una limosna humillándole no le ayudaria más que unos cuantos dias. Desearia que le proporcionáseis trabajo.»

—¿Trabajo, señora, y cómo? he aquí, dijo ella. Ese hombre honrado tiene el oficio de zapatero; buen zapatero segun se asegura. ¿Si le hiciérais trabajar para vos? ¿Para mi? señora, exclamé. Para mis lacayos no digo que no. He dicho para vos mi querido Conde. Pero contesté yo, un poco ofendido: permitidme que os diga, pidiéndoos perdon por haceros descender á estos detalles: que el mejor zapatero de Paris le cuesta mucho trabajo darme gusto. Es muy sabido. ¡Y justamente, por eso es, dijo ella! Cuando ese pobre hombre pudiese decir que trabajaba para el Conde de... tan conocido, añadió, con una sonrisa maliciosa, para su pié elegante tan bien calzado, todas sus mise-

rias habrian acabado. De manera que es cosa convenida; os lo enviaré mañana.

—Pero señora.... Pero caballero.... basta de peros, os lo suplico. Y á mi vuelta de los baños, si quereis complacerme viniendo á obsequiarme, no dejareis de traer botas hechas por mi protegido.

—Y ved ahí, mi bienaventurado juez, de qué manera insidiosa fui llevado, bien á pesar mio, á encargar á ese hombre botas, que me ha sido imposible ponermelas.

—Porque eran demasiado estrechas, bien seguro.

—Porque eran demasiado largas, mi bienaventurado juez. Demasiado estrechas, eso hubiera áun podido pasar, porque la forma no era mala; lo reconozco. ¡Pero demasiado largas! No habia que pensar en ello.

—Yo hubiera creído, dijo San Pedro, que demasiado largas hubiesen servido mejor. Para mi por lo ménos, si hubiera estado en ese caso.

—¡Ah! sin duda, bienaventurado San Pedro, porque en el tiempo en que vos viviais, era la moda llevar desnudo el pié con sencillas sandalias. Entónces, se atenian á andar con comodidad. Pero hoy

se anda tan poco, por lo ménos cierta gente, que la moda exige que esto se vea en la estrechez del calzado.

—Estúpida moda esa, pensó San Pedro, y más estúpidas aún las gentes que sufren el tormento por seguirla. Pero guardó para sí esta reflexion.

—¿De suerte que las botas eran muy largas?

—Y las he rehusado, naturalmente.

—¿Y qué dijo á eso el pobre hombre?

—¿Qué hubiera podido decir, respondió el Conde, razonablemente, por lo ménos? Quiso hacérmelas aceptar: Me rogaba y me suplicaba alegando que para hacerlas se le habia fiado el material; que sobre el precio que esperaba habia comprado pan; que el resto le era necesario para dar á cuenta sobre su empeño. En resumen, una porcion de cosas que no me importaban y no convertian en mejores sus botas. Yo envano le decia: Querido mio, imposible que me ponga tales botas. Como no queria oír razones, insistia, pretendiendo que en invierno, con calcetines gruesos, estarían admirablemente, y que no queria sino tomaba su calzado, aceptar el dinero que le ofrecia como li-

mosna; acabé por enfadarme. El me llamó hombre sin razon. Por lo que, le hice arrojar de mi casa con las botas y el dinero.

—¿Qué él llevó? preguntó San Pedro.

—No, respondió el Conde. Volviendo á abrir con violencia la puerta que habia dispuesto cerrar detrás de él, arrojó el dinero á la cabeza de mi ayuda de cámara. Despues, de repente, su cólera cesó y se puso á llorar como un niño. Entónces se le echó á empellones y sin hacer más resistencia, salió con su par de botas en la mano.

—¿Y no supisteis más de él?

—No, dijo el Conde, con una voz poco segura, únicamente, al dia siguiente, en los periódicos, lei que se habia sacado del Sena un hombre ahogado, que tenia en la mano un par de botas nuevas. Pensé que quizás seria él.

—Y él era, en efecto, dijo San Pedro, y debiais saberlo bien, puesto que, en el exceso de su desesperacion, os habia amenazado, lo que no decís, con que iba á tomar una determinacion funesta. No me atreveré jamás, os decia, á entrar en la casa donde mi mujer y mis hijos me

esperan para tener pan, ni volver á presentarme ante los que, sobre mi palabra, me han vendido á crédito. Soy un hombre deshonrado, perdido. No me queda más que ahogarme. Haced todo lo que os plazca; me es completamente igual, respondisteis, pero marchaos en seguida. Salió, con la cabeza perdida, y en su extravío, sin saber lo que hacía, (pues era un hombre temeroso de Dios), se arrojó al agua. Pero el que sondea los corazones, no le ha castigado por un acto en el cual su conciencia no había tenido parte alguna.

En cuanto á la vuestra, señor Conde, ¿estais bien seguro que esté en el mismo caso? ¿Estais muy limpio de ese suicidio? Dejo á Dios decidir. Id donde él, si podeis atravesar el espacio sin limites. Aquí tenéis, para ese largo viaje, calzado como el que quereis. Estas son las botas del pobre hombre. El agua del Sena las ha estrechado bien, y cuando á fuerza de andar, andar siempre, andar sin cesar, andar sin llegar nunca, vuestros piés hinchados no os llevarán sino á cambio de los tormentos del infierno, ellas os sentarán muy bien.

X XIV

TANTO EN EL CIELO COMO EN LA TIERRA, LOS RICOS

SON LOS MAS FESTEJADOS.

Reunidos habian soportado una vida de miseria, de disgustos y de humillaciones, y cuando se les acabaron las fuerzas, el hombre se tendió sobre su pobre lecho, para no levantarse más; la mujer, á quien acababa de faltar su último apoyo, no se sentía con fuerzas para seguir sola su camino, y se había á su vez acostado cerca de su viejo compañero. Así se habian dormido reunidos con el último sueño; reunidos se habian despertado en el camino del otro mundo; reunidos habian comparecido ante el tribunal de Dios; reunidos salieron absueltos, lle-

vando á San Pedro la orden del Señor para que les abriese la puerta del Paraiso, y se puede comprender si estarían contentos.

Pero como se sentían aún un poco débiles, á consecuencia de las grandes privaciones que habían sufrido durante su permanencia en el mundo; un poco fatigados del largo trayecto que les había sido necesario hacer para subir desde la tierra hasta el cielo; un poco conmovidos de la impresion que habían experimentado en el juicio, y como desde luego encontraban muy á su gusto el encantador y rico camino que conducía desde el tribunal de Dios al Paraiso, no se apresuraban mucho, seguros como estaban de su resultado, para llegar ántes. La cara risueña, la sonrisa en los lábios, aspirando á pulmones llenos el buen aire del cielo, y echando á su alrededor miradas arrebatadas, avanzaban, apoyados dulcemente el uno sobre el otro, y marchando conversaban. ¡Hola! mujer, decía el hombre, ¿qué te había dicho yo siempre? ¿Y cómo encuentras la acogida que el buen Dios nos ha hecho?

—¡Ay! hombre, respondió ella, ¡es ver-

dad que tú tenías razon, y que el buen Dios nos ha recibido bien! ¿Pero quien lo hubiera pensado nunca? ¿Quien se hubiera imaginado que nosotros, más miserables en la tierra que los perros, que se nos miraba con desprecio y que huían de nosotros como de la peste, fuésemos acogidos con tales honores, á pesar de nuestros trajes hechos pedazos y nuestros zapatos sin suelas?

—Es que, ves tú, dijo el hombre, en el cielo las cosas, como te he repetido cien veces, van de otro modo que en la tierra. Y no obstante, á pesar de esto estaba algo apurado de que, por los agujeros de mi traje, se pudiese ver que estaba sin camisa. Y tú misma, mi pobre vieja, es inútil que hagas por parecer mejor ante los santos y las santas que rodean el trono de Dios. Felizmente nadie se ha admirado de ver tus piernas.

—Muy al contrario, contestó la mujer. ¿Has notado tú cómo el gran San José me ha saludado cortesmente?

—Pues y tú, mujer, dijo el hombre, ¿has visto como la buena Santa Virgen me ha sonreído?

—¡Y los Angeles, que nos miraban

como si fuésemos grandes personajes!

—Y el buen Dios que nos ha dicho: «¡Sed bien venidos, mis queridos hijos!»

—¡Ay! hombre, dijo la mujer, ¡si los ricos, que nos despreciaban en otro tiempo vieses que eramos recibidos de esta manera, qué cara pondrian, quisiera verlo!

—Sería larga, bien seguro, dijo el hombre, porque al fin, ellos no pueden esperar ser tratados aqui como nosotros.

—No en verdad, dijo la mujer, ¡no faltaría más que eso! A cada uno cuando le toca, eso es justo.

—Sin embargo, mujer, dijo el hombre, cuántas veces no has murmurado tú, viéndonos condenados á sufrir, cuando otros gozaban. «Ellos tienen bonitas casas, decias tú, y un buen lecho, buenos vestidos y una buena mesa y criados y criadas y todo lo que pueden desear. ¿Por qué no tenemos nuestra parte en todos esos bienes? ¿Qué hemos hecho nosotros al buen Dios?» ¿Te acuerdas tú, no es eso, mujer?

—Mi hombre, dijo ella, ¿á qué viene recordar eso?

—Es para recordarte, dijo, lo que yo te respondia entónces, que el buen Dios es

un buen padre; que tiene una balanza justa para sus hijos, y que los que no han tenido su parte de felicidad en la tierra, sino han hecho méritos para perderla, la tendrán con seguridad en el cielo. Pero tú no querias hacermé caso, mujer; parecia que no creias en la justicia de Dios.

—Cállate, hombre, dijo ella; ¡si el buen Dios te oyese!

—No tengas miedo mujer, el buen Dios es demasiado bueno para castigar por eso ahora. Tu has tenido tu castigo en la tierra, sufriendo alli demás, como todo el que tiene poca resignacion. Pues tu no estabas resignada; confésalo, mujer, no lo estabas. No eras siempre justa. ¿Cuántas veces no me has hecho desaires que no merecia? «Si hubieras hecho esto ó lo otro, decias, no estaríamos como estamos.» «Yo, tenia gusto en probarte que no me habia engañado, al hacer esto ni lo otro y que estaba bien seguro que Dios nos mandaba la pena para nuestra mayor gloria.» «¡Por nuestro buen porvenir!» decias tu encogiéndote de hombros. Si, si, tu los encogias, mujer; ¿te atreverás á negarlo?

—Pero hombre, ¿por qué quieres de este modo ponerme en un apuro?

—No es para ponerte en apuro, mujer; es únicamente para probarte que era yo quien tenía razón, cuando decía que nuestra pobreza nos valdria algun día una gran riqueza, y que si éramos en la tierra tratados como perros por los ricos, seríamos recibidos como ricos en el Paraiso del buen Dios; mejor que los ricos, puesto que los pobres deben ser los primeros en el cielo.

Hablando de este modo, se acercaban al lugar de su destino, y ya podian distinguir al final del camino que seguían las puertas de diamantes de cien codos de altura, que iban á abrirse ante ellos, cuando por cima de sus cabezas pasó un ángel que creyeron reconocer, en su vuelo rápido por un mensajero celeste. Seguía el mismo camino que ellos, es decir, que venia en línea recta del tribunal de Dios y se dirigia hácia el Paraiso, agitando al final de su brazo extendido, así como un mensajero de buenas noticias, un pergamino sellado. En un abrir y cerrar de ojos llegó al final de su carrera, y un formidable aldabonazo hizo resonar bajo

su mano las puertas celestes amuralladas.

A aquel llamamiento imperioso, San Pedro había acudido, y con una palabra que le dijo el Angel, abrió la puerta de par en par; despues se puso á tocar á gran vuelo una gruesa campana suspendida á la entrada del Paraiso, como si quisiera anunciar á sus habitantes un acontecimiento de gran importancia. En efecto, al sonido de la campana una multitud apresurada de santos y santas aparecieron en el umbral. No se podía á tal distancia comprender lo que decian, más en la expresion de sus rostros, en sus gestos, era fácil adivinar que interrogaban á San Pedro y al Angel, y que la noticia que adquirían los colmaba de admiración y de alegría.

Despues de haber consultado un momento, volvieron á entrar todos reunidos, pero para volver en seguida, los unos trayendo en sus manos guirnaldas y coronas de flores, y los otros banderas ostentosas. Otros levantaban en la altura delante de la entrada del Paraiso, un arco de triunfo que adornaban con brillantes festones.

Era evidente para nuestros esposos

que los habitantes del cielo preparaban una entrada gloriosa á una ó á varias personas importantes. Pero ese ó esos personajes ¿quienes eran?..... No se atrevían á confesar su pensamiento, pero se miraron mutuamente de reojo, y no podían evitar de engreirse un poco y sentir en ellos mismos un cierto cosquilleo que involuntariamente les hacía sonreír. ¿Llevaban, en efecto, sobre su rostro y en toda su persona los signos distintivos de los que en el cielo deben ser los primeros?

En aquel momento, los preparativos se habían terminado, los santos y las santas se formaban en comitiva y salieron de dos en dos del Paraíso. San Pedro marchaba á su cabeza, y todos, agitando sus banderas, sus palmas, sus guirnaldas y sus coronas, avanzaban hácia los esposos.

—A la verdad, mujer, dijo el hombre, no sé lo que debo creer, pero se diría que venían á encontrarnos.

—Si, dijo la mujer, se diría en verdad. Y no hay ya duda. Mira; el Angel nos señala con el dedo y dan gritos de bienvenida. Saluda con la mano, puesto que no tienes sombrero. ¡Más! ¡Más! ¡y más ligero! ¡y más encorvado!... ¡Bueno! ¡me ha

faltado poco para caer al hacer la reverencia!... ¡Ay! ¡si los ricos de allá abajonos viesén, que humillacion para ellos! Pero es igual, quisiera estar un poco aseadamente vestido para presentarme ante esos buenos Santos y Santas todos guarnecidos de plata y oro.

—Es seguro mujer, dijo el hombre, que engalanada como estás, no corres el riesgo de excitar su admiracion.

—Ni tú la de las Santas, hombre, contestó la mujer, un poco picada.

—Está bien, está bien, mujer, dijo el hombre. Y entre tanto, ponte tu gorro derecho y mete dentro los mechones de pelo que te caen sobre la nuca.

—Y tú, hombre, dijo la mujer, pon tus dos manos sobre tus rodillas agujereadas.

—Mujer, dijo el hombre, es verdaderamente tonteria entre buenos esposos como nosotros siempre armar camorra así. En la tierra, aún pase; pero en el cielo debe reinar la paz. Y detente. Ve ahí el cortejo que no está ya más que á unos veinte pasos de nosotros. Ya nos sonríe San Pedro. A falta de buenos trajes, tomemos nuestros semblantes de los domingos. El honor que se nos hace bien vale eso.

En aquel momento San Pedro llegó á ellos.

—Buenos días, amigos míos, dijo el Santo. Venís á nuestra casa, ya lo veo. Está bien, está bien, honradas gentes. Estoy muy gozoso de veros. Aunque no se me ha prevenido, encontrareis vuestros sitios preparados y buenos, os respondo de ello. Pero no tengo tiempo para conversar. Vamos delante de un rico, del cual Dios me ha anunciado su llegada, y es preciso apresurarse. Si quereis reuniros al cortejo, rendireis de este modo vuestra parte de honores al que vamos á recibir.

Diciendo esto San Pedro volvió á tomar su camino, seguido de su brillante cortejo, detrás del cual marchaban, no atreviéndose á hacerlo en otro lugar, nuestros dos esposos, un poco avergonzados.

—¡Hola! y bien, hombre, decía la mujer, ¿eres aún tú quien tenías la razón, y los ricos no son siempre los ricos tanto en el cielo como en la tierra?

—No comprendo nada, mujer, dijo el hombre; no, no comprendo absolutamente nada.

—¿Qué es lo que no comprendéis, dijo

un Santo viejo que, á causa de su mucha edad, marchaba un poco atrás de los demás; qué es lo que no comprendéis?

—No comprendo, dijo la mujer, tomando la palabra en lugar de su marido, ni yo tampoco, lo confieso, la diferencia que San Pedro hace entre los pobres y los ricos; los ricos que, entre paréntesis, han tenido, como se dice, su paraíso en la tierra, y los pobres que nuestro cura párroco llamaba los miembros dolientes de Jesucristo. Me parece que, si alguna diferencia se hiciese entre los unos y los otros, debería ser en ventaja de los miembros dolientes de Nuestro Señor.

—No teneis razon en lo que decís, comadre, contestó el Santo viejo, aunque, de la manera que lo decís, es evidente que alguna mosca os ha picado; únicamente debéis considerar que los miembros dolientes de Jesucristo, como vos y vuestro cura párroco los llamais con justicia, tienen naturalmente sus entradas en el paraíso y usan de ellas tan ámpliamente, que San Pedro ha tenido que renunciar á festejar su llegada, sin lo que no hubiera tenido tiempo para respirar aquí. Ellos vienen derechos como á su casa, por bandadas,

— á todas horas, y ocupan los mejores puestos. Ya lo vereis luego por vos mismo. Pero los ricos, es otra cosa. ¿Qué es lo que Nuestro Señor ha dicho de ellos? Que les es tan difícil entrar en el reino de los cielos, como á un camello pasar por el ojo de una aguja. ¿Recordais esto, querida señora?

— En verdad, dijo ella, Señor Santo.

— Pues bien; para que un rico pase por la puerta del Paraiso, que es para él tan estrecha como el ojo de una aguja para un camello, es preciso que se ponga terriblemente delgado, entendeis. Esto no es tan cómodo, cuando se tiene costumbre de tener sus comodidades. Un vientre algo redondeado, una moneda de más en el bolsillo, detiene bruscamente á un hombre. ¿Qué debe hacer para evitar esto? Dar á los que no tienen bastante, todo lo que él tiene de más; en una palabra, dejar de ser rico, hablo por su propia cuenta. Eso es lo que ha hecho el hombre ante el cual vamos: para estar más seguro de entrar aquí, se ha despojado como un gusano; y le festejamos, querida señora, todo lo mejor posible, como veis, únicamente por la rareza del hecho, pues

desde hace cien años que estoy en el Paraiso, es el primer rico que ved venir. — ¡Hola! mujer, dijo el hombre, ¿quién de los dos tenía razón? — Hombre, contestó la mujer, el Señor Santo acaba de decir que yo no tenía razón.

— En verdad, dijo ella, Señor Santo. — Pues bien; para que un rico pase por la puerta del Paraiso, que es para él tan estrecha como el ojo de una aguja para un camello, es preciso que se ponga terriblemente delgado, entendeis. Esto no es tan cómodo, cuando se tiene costumbre de tener sus comodidades. Un vientre algo redondeado, una moneda de más en el bolsillo, detiene bruscamente á un hombre. ¿Qué debe hacer para evitar esto? Dar á los que no tienen bastante, todo lo que él tiene de más; en una palabra, dejar de ser rico, hablo por su propia cuenta. Eso es lo que ha hecho el hombre ante el cual vamos: para estar más seguro de entrar aquí, se ha despojado como un gusano; y le festejamos, querida señora, todo lo mejor posible, como veis, únicamente por la rareza del hecho, pues

DONDE FELIZMENTE PARA CIERTAS ALMAS NO FUE
SAN PEDRO QUIEN JUZGO SU CASO.

El divino maestro, que no sin razon se
le llama el buen Dios, dijo un dia á San
Pedro:
—Pedro, quiero proporcionar hoy un
pequeño placer á esas buenas almas que
están en los sitios más retirados del Pa-
raíso, y no pueden contemplar sino á lar-
ga vista á mí, á mi hijo y al Espíritu
Santo. Venid, iremos reunidos á dar un
paseo por el lado de ellos; así podrán
verme de cerca; y por mi parte estaré
muy contento al encontrarme algunos
momentos en medio de estos fieles servi-
dores y amigos.

DONDE FELIZMENTE PARA CIERTAS ALMAS NO FUE
SAN PEDRO QUIEN JUZGO SU CASO.

El divino maestro, que no sin razon se
le llama el buen Dios, dijo un dia á San
Pedro:

—Pedro, quiero proporcionar hoy un
pequeño placer á esas buenas almas que
están en los sitios más retirados del Pa-
raíso, y no pueden contemplar sino á lar-
ga vista á mí, á mi hijo y al Espíritu
Santo. Venid, iremos reunidos á dar un
paseo por el lado de ellos; así podrán
verme de cerca; y por mi parte estaré
muy contento al encontrarme algunos
momentos en medio de estos fieles servi-
dores y amigos.

66 Y descendiendo de su trono deslumbrador, el buen Dios, seguido del portero del cielo, atravesó las regiones de luz pura donde solos los primeros espíritus celestes y los santos mayores están en adoracion; despues otras regiones menos brillantes donde los espíritus y santos de un orden ménos elevado se próster nan en su tránsito; despues otros ménos luminosos aún, y siempre así hasta que al fin llegaron á una region más extra viada, donde reinaba una claridad que para los habitantes del cielo, no era más que una especie de crepúsculo, pero don de no obstante, el rayo más brillante de nuestro sol hubiera hecho el efecto de una línea oscura.

70 Allí estaban adorando á distancia res pectuosa, los espíritus inferiores y las almas á las cuales la bondad de Dios se habia dignado abrir el cielo, aunque sus pequeños méritos no les permitian apro ximarse más cerca de su trono.

80 Para indemnizarles un poco de esta gran privacion, el buen Dios les saluda ba al pasar con una sonrisa, y tan pronto al uno como al otro que conocia por haber sido almas débiles pero caritati-

vas, les dirigia una palabra de bondad. Sin embargo, en medio de estas al mas, se notaba cierto número, cuyo as pecto no se asemejaba al que de ordinario tienen los habitantes del cielo.

85 Le hizo por lo bajo la observacion al portero del Paraiso.

90 —Segun parece, San Pedro, dijo, admi tiendo aqui estas almas, habeis traspasado un poco los limites de la indulgen cia que os he recomendado. Esas gentes, al lado de mis Santos hacen mediano papel.

95 —Convengo; respondió San Pedro, que no tienen muy buen aspecto, pero creed lo, Señor, no he hecho, recibéndolos, mas que seguir las instrucciones de vues tra misericordia. Esas son la mayor parte, almas que se han convertido en el último momento, y que, á causa de eso, tienen más aspecto de temerosos que de amorosos. Pero vos me habeis ordenado buscar el pretesto más minimo posible para abrir la puerta del Paraiso á todos los que se presentaran.

100 —Si, en efecto, dijo el buen Dios; y sin embargo, por el honor del cielo, quisiera verlos un poco más hermosos. A pesar de

esto, guardaos bien de mostraros en lo sucesivo más severo... Pero, ¿qué es lo que veo allá abajo? añadió.

Y su mirada designaba á San Pedro una multitud de almas, que no brillaban, y que, con un aire desfavorido, estaban amontonadas la una sobre la otra en el rincón más oscuro del Paraiso, cerca de la puerta, como vergonzosos de encontrarse con tan buena compañía y parecían quererse ocultar á la vista del Señor.

—¿Qué veo allí? repitió el buen Dios. Esta vez la duda no es ya posible. ¿Cómo están aquí esas almas? ¿Por qué las habeis hecho entrar?

—No he sido yo, Señor, respondió San Pedro; no me hubiera atrevido nunca. Es la BUENA MADRE quien lo ha hecho.

—¿Cómo! ¿La Virgen Maria? dijo el buen Dios.

—Sí, la buena Virgen Santa, contestó San Pedro. Ella se ha hecho dar, vos no lo ignorais, Señor, dobles llaves del Paraiso por su divino hijo, y se sirve constantemente para introducir, á mis barbas, todas estas almas que, por mi parte, encerraria en el purgatorio y por largo

tiempo. Por lo demás, debo reconocer que cuando son como éstas, un poco menos limpias que lo que conviene, las hace entrar por una puerta secreta y las coloca en un sitio oscuro, donde pueden veros sin herir vuestros ojos. A las observaciones que he creído á mi deber aventurar, la Virgen Santa me ha respondido que esas almas, en sus debilidades, la habian invocado siempre, y que ese culto para con ella debia contárseles como una verdadera devocion, puesto que, bien evidentemente, no era á su persona humana á las que estas almas honraban, sino á la hija, á la esposa y á la madre de Dios. A esto, ¿qué podia responder?

—Bien, San Pedro; nada, dijo el buen Dios. Si la Virgen Santa lo quiere asi, no hay nada que decir. Lo que hace está siempre bien hecho. Retiro al momento mi vituperacion.

Y se alejó, despues de haber sonreido á los protegidos de la BUENA MADRE.

FIN.